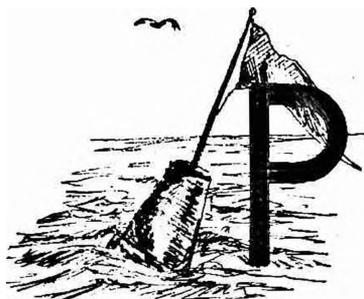


IQUIQUE Y PUNTA GRUESA A LA LUZ DE LA ESTRATEGIA MARITIMA

Por
Francisco GHISOLFO Araya
Capitán de Navio
Armada de Chile

I.- INTRODUCCION



POCOS HECHOS hay en la historia universal que puedan compararse a la gesta que tuvo como escenario las tranquilas aguas de Iquique, no tan sólo como ejemplo del heroísmo razonado y que el comandante don Arturo Prat y la dotación de la corbeta "Esmeralda" llevaron a su máxima expresión, sino que también por el significado y repercusiones que éste tuvo en el desarrollo de los acontecimientos posteriores.

La acción que tuvo lugar en Iquique pertenece a uno de esos extraños casos de la historia del mundo en que un suceso, aparentemente aislado, produce, por sí mismo, un vuelco tal en el curso de los acontecimientos, que después ya nada parece concebible sin ellos.

Es tan grande su magnitud, tan luminosa la figura del héroe, de tanta trascendencia el resultado de su acción, que todo lo demás se opaca y desvanece. La fuerza de su impacto lo hace penetrar en el alma ciudadana con raíces muy

profundas, y es fuente de inspiración permanente y asombro cotidiano.

Hombres de gran mérito han hecho con inspiradas palabras la semblanza de Prat y destacado las innegables virtudes que mostró desde la niñez hasta su muerte. Con acierto han señalado el valor y relevancia de la gesta de Iquique, sin embargo poco se ha dicho del efecto que ésta tuvo en el curso de la guerra en general y de sus consecuencias en particular en la guerra marítima.

Para los hombres objetivos y para quienes estudian la historia en profundidad, no tienen sentido los hechos aislados, por magníficos y trascendentes que sean, si no están situados en el contexto más amplio del cual forman parte. Ese contexto muestra las causas y circunstancias que, actuando en el tiempo y en el espacio, concurren en un momento dado para determinarlo.

La gesta de Iquique no debe ser observada entonces sólo como un hecho heroico aislado, sino como parte y consecuencia de una

campana que perseguía objetivos bien precisos y a cuyo logro contribuyeron tan significativamente las acciones de Iquique y Punta Gruesa.

Desde luego, ambas acciones constituyen un hecho indivisible. La "Esmeralda", la misma vieja corbeta que luchó en Papudo al mando de Williams, y la "Covadonga", la misma cañonera conquistada a los españoles durante esa famosa jornada, cumplían una misión común, el bloqueo de Iquique, y enfrentaron al grueso de las fuerzas navales peruanas. Escribió una vez don Benjamín Subercaseaux: "...se hubiera dicho que ambos buques, el conquistador y el conquistado, se habían dado cita, por obra del destino caprichoso, para quedar eternamente unidos por la historia. Sólo que esta vez se trocarían los papeles, y el vencedor de ayer sería el mártir glorioso que habría de sucumbir, mientras el vencido se llevaría las palmas de la victoria."

Sin embargo, los recursos literarios como el anterior, conllevan el peligro de dar una visión deformada del porque de la lucha en el mar. Es cierto que la guerra en el mar, descrita por un cronista, aparece como una sucesión de acciones tácticas, en que buques de guerra de los países beligerantes se enfrentan individualmente o en conjunto; pero estos combates no tendrían otro efecto que producir la baja de inventario de las naves hundidas, en el rol naval correspondiente, si no existiera una vertebración estratégica que las uniera en busca de un propósito lógico y bien determinado. Tal propósito es muy simple, el poder emplear las comunicaciones marítimas en beneficio propio, mientras se le niega esa posibilidad al adversario. En otras palabras, lograr el dominio del mar, que es precisamente el objeto de la guerra en el mar. Este efecto lo busca el poder naval, es la responsabilidad primaria de la Armada y campo de acción de la estrategia marítima, a la luz de cuya ciencia debemos analizar los combates de Iquique y Punta Gruesa, para determinar su verdadera importancia y las consecuencias que tuvieron en el desarrollo de los acontecimientos posteriores.

II. - LA GUERRA EN EL MAR

Antes de entrar de lleno en materia, me parece oportuno recordar, en primer término, que Chile no quiso ni buscó la guerra. Los países nacidos de España conservaron sus límites coloniales, que, en el caso de nuestra fronte-

ra con Perú, era una línea vaga que se extendía por el paralelo 23. Bolivia nació como país mediterráneo, creado artificialmente por Simón Bolívar, el cual, arbitrariamente, la llevó a limitar con el mar, penetrando como cuña entre Chile y Perú. Por tolerancia primero y luego por ánimo de conciliación, Chile convino con Bolivia una verdadera cesión territorial sometida al cumplimiento de un acuerdo que Bolivia trasgredió. Su ambicioso Gobierno excedió las concesiones de todo orden que le hacía el Gobierno de Chile, deslumbrado por un sentido americanista, y precipitó la contienda del Pacífico al sentirse fortalecido con el apoyo del Perú y la actitud expectante de Argentina, que esperaba el momento propicio para actuar.

Con cuánta frecuencia, a un siglo de distancia, me parece estar reviviendo tal situación, aunque ahora en diferente escenario.

La guerra se inicia en el sector fronterizo disputado, una zona desértica que cobró importancia cuando brazos chilenos descubrieron esa maravilla ignorada que fue el salitre, cerca de Antofagasta, ciudad que no existía y que ellos crearon.

El futuro teatro de operaciones del ejército sería tal vez el área más árida del mundo, donde el hombre necesitaba llevar todo consigo, desde el agua y los víveres, hasta el forraje de los animales. Todo debía ser transportado desde la patria por la vía marítima, ya que en ese entonces no existían carreteras y el ferrocarril sólo contaba con tres tramos transversales que permitían desplazarse desde la costa al interior.

Tal escenario de la guerra otorga especial importancia a la estrategia marítima, por constituir una isla virtual para Chile y también aunque en menor escala para el Perú, ya que se generan importantes líneas de comunicación marítima al tener que transportar el Ejército completo, tropas y bastimentos y mantener luego el apoyo logístico que esas unidades requerirían en el curso de la guerra.

Los beligerantes comprendieron desde el primer momento que sólo conquistando el dominio del mar podrían conducir exitosamente las operaciones terrestres. La derrota en el mar significaba, para Perú, volcar todo su transporte al medio terrestre. Esto requería recorrer grandes distancias, usando medios rudimentarios y rutas muy primitivas, con un desgaste y un esfuerzo enormes. Para Chile, perder el dominio del mar significaba sencillamente no poder sos-

tener el esfuerzo de la guerra, dadas la lejanía y -desvinculación vial con el teatro de operaciones.

Quien resultase victorioso en el mar, además de la ventaja material de este éxito, obtendría la iniciativa, principio de gran valor, en la guerra, pues, cuando se tiene, otorga libertad de acción, mientras que cuando se pierde, paraliza.

Quien tiene la iniciativa elige libremente el objetivo que desea, el lugar y el momento en que aplicará el esfuerzo para lograrlo. Todas las ventajas están de su parte y puede conducir la guerra en forma precisa, eliminando gran parte de sus incertidumbres.

Un antiguo aforismo inglés afirma que quien domina en el mar puede tomar de la guerra tanto o tan poco como desee, queriendo significar con ello que le abre la posibilidad de golpear en el lugar que elija. Será, pues, el resultado de la guerra en el mar el que decida a la postre el resultado de la guerra en tierra. Así lo comprendieron los gobiernos de Chile y Perú, y la Guerra del Pacífico se inicia con una campaña marítima.

Este fue el desafío para el poder naval de Chile y también para el de Perú.

El poder naval, que podemos definirlo prácticamente como el poder militar ejercido por las fuerzas navales para la defensa de sus comunicaciones marítimas, no es sólo fuerza, es algo más que un conjunto de buques. Es una amalgama indisoluble de dos componentes, fuerza y posición, unidos por un factor multiplicador, que es la voluntad estratégica, es decir, la decisión de emplear la fuerza cuando ello sea necesario, y la conducción razonada y consciente en el logro de su objeto. Cualquiera de estos elementos que falte reducirá el poder naval a cero.

Las fuerzas navales, pese a su gran autonomía, no pueden permanecer indefinidamente en el mar; necesitan un punto de apoyo, un área geográfica que por su ubicación y características permitan a la fuerza actuar oportunamente y sean, a la vez, bases adecuadas para satisfacer sus necesidades logísticas.

La agresión a Chile, que se estaba gestando en secreto años antes, basaba su éxito, precisamente, en la supremacía marítima peruana. Tal superioridad les permitiría salir en defensa de Bolivia cuando ésta declarara nulo el Trata-

do de 1866 y denunciara a Chile como usurpador del litoral boliviano.

El Gobierno peruano, en su alistamiento para la guerra, desde un comienzo otorgó al poder naval la importancia concordante con el efecto resolutorio que de él esperaba. El alistamiento de su escuadra ocupa un lugar preferente en sus preocupaciones. Se preparan no sólo las unidades que la componen, sino también el apoyo logístico que éstas requerirán. Se da la mayor importancia a la limpieza del casco de sus unidades capitales, "Huáscar" e "Independencia", y se las provee de carbón inglés para lograr superioridad en velocidad con respecto a los blindados chilenos. Se alista como base avanzada la rada de Arica para mejorar la posición desde donde operará su fuerza y se entrega el mando de ella, y del "Huáscar" en particular, al jefe más capacitado de que disponen, el capitán de navío don Miguel Grau, ascendido posteriormente a almirante. Había estado al mando de esa unidad durante ocho años y era un táctico de nota. Amén de ello, desde mucho antes había hecho todo el esfuerzo posible por lograr el embargo de los blindados que Chile construía en Inglaterra, buscando así la superioridad naval.

El Gobierno de Chile, por su parte, reaccionó sólo a última hora en el alistamiento de su escuadra. Es una constante histórica que ante el peligro de una guerra se aliste la escuadra apresuradamente, y una vez conjurada ésta, se desarme con la misma prontitud. Su preocupación se centró en los blindados "Cochrane" y "Blanco". Siendo de una concepción más avanzada y mejor artillados que los peruanos, nuestro Gobierno cifraba en ellos toda su esperanza. Sin embargo, la carencia de un dique apropiado no permitió la oportuna limpieza de sus cascos, lo cual les restaba suficiente velocidad, dejándolos bajo el andar de los blindados peruanos. No contaban con una base avanzada que los acercara al teatro de operaciones y la falta del más elemental apoyo logístico les negaba la permanencia en el área donde su fuerza podía tener gravitación. El mando de la escuadrera le otorgó a un distinguido almirante, quien, a causa de su edad y dolencias físicas, fue agobiado por una responsabilidad superior a sus fuerzas y mitigó ese soplo espiritual que hemos llamado voluntad estratégica.

La fría comparación de ambos contendores en mayo de 1879 nos muestra a una escua-

dra peruana integrada por una fuerza principal de dos blindados de primer orden y otras unidades menores, bien apertrechadas, en condiciones de operar desde una posición adecuada y con gran voluntad de lucha. Frente a ella, la escuadra chilena con dos blindados de concepción superior, pero mal preparados, sin apoyo logístico. Tenía un mayor número de unidades menores, pero anticuadas, con cascos y calderas viejas y parchadas. Operaban con grandes dificultades por la lejanía de su base y la falta de apoyo logístico, de carbón entre otros elementos. Esto no hace honor al Gobierno de la época, ya que, si bien es cierto, la pobreza era real, no resulta lógico desatender a ese extremo el poder naval en que descansaba su seguridad.

Esta es una lección que no debemos olvidar. Lamentablemente se olvida con mucha frecuencia.

En resumen, si ponderamos las ventajas y desventajas de una y otra fuerza, podríamos decir que la fuerza naval chilena era superior, pero la falta de alistamiento, apoyo logístico y posición hacía que el poder naval de uno y otro país estuvieran sensiblemente equilibrados.

Cuando no existe una superioridad definida de una de las fuerzas, la estrategia marítima señala que quien se siente inferior debe eludir la batalla decisiva e ir a la disputa del dominio del mar. O sea, debe buscar condiciones favorables para desgastar a las fuerzas adversarias con ofensivas tácticas, aprovechando la velocidad y la sorpresa. Una acción típica de este tipo de operaciones es el contraataque mayor, actitud que adoptó precisamente el comandante Grau, accionando con sus medios principales sobre parte de la fuerza naval chilena que bloqueaba Iquique.

En cuanto al más fuerte, en la guerra en el mar tiene dos alternativas. La primera es ejercer el dominio del mar, atributo que no es exclusivo, brindando adecuada protección a los transportes marítimos, de tal manera que si las fuerzas adversarias se presentan, estar en condiciones de interponerse y destruirlas. Esta actitud fue la que se adoptó al iniciarse las hostilidades, cuando Chile ocupó la ciudad de Antofagasta.

La otra alternativa, quizás la más segura, es no realizar ninguna operación en tierra hasta que no se conquiste el dominio del mar. Esto significa buscar y destruir a las fuerzas principa-

les enemigas de tal manera que su poder naval desaparezca o, por lo menos, quede reducido a un mínimo sin significación alguna.

Chile optó por esta segunda alternativa.

Mas, imponerle al enemigo la batalla no es fácil, cuando éste no la desea. Se enfrentan dos voluntades y, a diferencia de la guerra terrestre, en el mar no existe un frente definido para atacar.

En tal situación, la estrategia marítima ofrece distintas formas de accionar. Para el caso que nos preocupa, sólo dos interesan: Primero, una ofensiva de movimiento, es decir, ir derechamente en busca de la fuerza enemiga. Segundo, crear un apremio, o en otras palabras, generar un peligro de tal importancia, que la flota enemiga se vea obligada a concurrir donde se encuentra la fuerza propia, obligándola a aceptar la batalla.

La primera fue el plan del Gobierno, o más específicamente, del Ministro Prats, quien, inspirado en la más pura tradición de Cochrane y Victorino Garrido, sugería el ataque sorpresivo al Callao, junto con la declaración de guerra, para destruir a la escuadra peruana en su base, antes de que se hubiese organizado, o al menos, bloquearla en dicho puerto, lo cual es lo mismo en sus efectos.

Conceptualmente, esto es correcto. Pero, a diferencia de sus detractores, debo concordar con el frío análisis del almirante Williams, quien desestimó tal acción por el peligro que ello significaba para su escuadra, al tener que operar tan lejos de sus bases sin tener asegurado el apoyo logístico, que el Gobierno aún no resolvía. Historiadores tan documentados como don Francisco Antonio Encina critican severamente al almirante Williams por no hacer caso a las instrucciones del Gobierno. Es justo reconocer que sus objeciones para ese plan eran válidas, y que también el Gobierno le había otorgado amplias facultades para conducir la guerra marítima. Por lo demás, el plan no fue propuesto para discusión en conjunto.

El almirante Williams se resolvió por la segunda actitud, también correcta en su concepción, disponiendo el bloqueo de Iquique y el hostigamiento de las poblaciones peruanas de Tarapacá, creando el apremio que, a su juicio, obligaría a concurrir a la fuerza naval peruana.

Lamentablemente, el comandante Grau no consideró lo anterior como su primera obligación, y el bloqueo de Iquique tuvo efectos

muy negativos para Chile. Por una parte, dio tiempo a la escuadra peruana para terminar su alistamiento, permitió el transporte de tropas peruanas, sus bastimentos y logística de Callao a Arica, la cual se transformó así en una formidable base de operaciones para sus fuerzas. Por otra parte, la escuadra chilena, en la inactividad propia del bloqueador, se desgastó inútilmente, decayó la moral y minó seriamente el prestigio del almirante Williams. Además, las acciones contra el litoral peruano produjeron la reacción airada de potencias extranjeras y la crítica de la propia opinión pública en Chile, que no se avenía a este tipo de hostilidades, pues la guerra la veía tan lejana que no lograba sentirla como propia.

El resto de la historia es de todos conocido.

El almirante Williams, ante la presión del Gobierno y el clamor de la opinión pública, en un impulso ciego, que ya Von Moltke en su tiempo consideraba tan peligroso, decide el zarpe de la escuadra al Callao, dejando a dos naves a cargo del bloqueo de Iquique, por ser inservibles para su propósito. Reacción tardía, sin otro fundamento que la presión psicológica, que lo lleva a cruzarse en la inmensidad del océano con la fuerza principal peruana. Esta cae sorpresivamente sobre las frágiles naves chilenas en Iquique.

El desenlace lo aprendimos en el regazo de nuestras madres; los detalles, de nuestros maestros. La vieja corbeta "Esmeralda" se hundió gloriosamente en Iquique, la arrogante "Independencia", el mejor buque de la fuerza peruana, se rinde en Punta Gruesa, arriando su bandera, intimidada por la débil "Covadonga".

Terrible lección para quienes creen ciegamente en la fuerza bruta, exenta de todo razonamiento.

III - CONSECUENCIAS DE IQUIQUE Y PUNTA GRUESA

Estos antecedentes nos permiten ahora entrar de lleno al análisis de los efectos que tuvo este primer encuentro importante en la guerra naval, tanto en sus aspectos tácticos, estratégicos, políticos y morales en Chile, como asimismo en las naciones que se habían coaligado contra nuestro país.

Sus efectos tácticos son sin duda alguna los más visibles. Este contraataque mayor pe-

ruano se convierte en un boomerang: Chile pierde una vieja corbeta, nuestra "Esmeralda", dejada en Iquique por el mal estado general de su casco y calderas. Perú pierde a su mejor unidad, el orgullo de sus fuerzas navales, la fragata blindada "Independencia", por la cual su Gobierno pagó casi el doble que por el "Huáscar"; cambió una torre por un peón, y la disposición de todas sus fuerzas en el tablero del escenario marítimo se resintió ostensiblemente.

Sus efectos estratégicos son tal vez más sutiles, un tanto difíciles de comprender para quienes no han estudiado con detenimiento la guerra marítima.

La oportunidad que Grau esperaba de conseguir un éxito táctico que desgastara o disminuyera el potencial adversario en espera del golpe decisivo, se esfumó en Iquique totalmente. Con la pérdida de la "Independencia", sus posibilidades estratégicas se vieron reducidas. Ya no podía aspirar a disputar el dominio del mar. Todo ese esquema de la guerra que había elaborado, el único que tiene posibilidades de éxito para el que es más débil en el mar, se vino abajo en Punta Gruesa.

Un frío análisis de la situación le señaló a Grau que ahora sus posibilidades de éxito eran mínimas y cambió su concepción estratégica, pasando a la guerra de corso, forma degradada de conducir la guerra en el mar: atacaba instalaciones y blancos de oportunidad para entrar y tratar de paralizar nuestras operaciones en tierra. Así el "Huáscar" se transformó en un buque fantasma que hostigó nuestras comunicaciones marítimas y el indefenso litoral, aprovechando la seguridad que otorga la vastedad del océano para ejercer su acción donde no podía ser contrarrestado adecuadamente. Pero estos corsarios, tarde o temprano son cazados, y en Angamos, algunos meses después, se pone fin a las correrías del "Huáscar", y con él desaparece, prácticamente, el poder naval peruano Chile logra el dominio del mar. Si Angamos fue la batalla decisiva que puso fin a la escuadra peruana, Punta Gruesa fue la llave de ese triunfo, pues Perú perdió allí el 50 por ciento de su fuerza principal.

Sus efectos políticos se dejaron sentir tanto fuera como dentro de nuestras fronteras y se confundieron con sus efectos morales.

Iquique y Punta Gruesa produjeron una sensación de derrota y frustración en los adversarios de Chile y de cautelosa espera entre sus

simpatizantes. Chile se manifestó allí, aun para los más escépticos, como un país con un estamento político resuelto, y con fuerzas navales y militares movidas por fortaleza inextinguible.

El Estado se moviliza con lentitud hacia su esfuerzo máximo, que es la guerra. Hay cierto retraso en todo cuerpo social para conocer y comprometerse indisolublemente con los dictados del Gobierno. Contribuye a esa inercia psicológica, un complejo espectro de condicionantes, como son, entre otros, los intereses personales o de grupo, la desinformación y la dispersión geográfica de los habitantes.

Sólo a modo de ejemplo, quiero citar un caso. Leyendo el diario de la Guerra del Pacífico, publicado por "El Mercurio", me impuse con asombro de que cuando nuestros buques se aprestaban en Valparaíso para dirigirse al norte, los dueños o empresarios de las embarcaciones del puerto cobraban por el acarreo del agua, de los víveres del personal y de la tropa que se embarcaba a la Comandancia General de Marina. Después de Iquique, estos mismos se disputan el honor de hacerlo con prontitud y gratuitamente.

Más tenue, pero no por ello menos real, fue su influencia en la política exterior chilena. La suerte de los combates se tiñe sutil pero indisolublemente con la diplomacia. Esta es como el aliento vital del cuerpo máximo del Estado: fuerte y poderosa si la respaldan el vigor y la voluntad de ser de un pueblo; débil y vacilante, si ese cuerpo carece de energía, recursos y ambiciones. La jornada del 21 de Mayo dio aun mayor vigor a nuestra diplomacia, frenando a quienes tuvieron intenciones de entrar al conflicto, cuando Chile estaba ya comprometido en el norte.

En verdad, la gesta de Prat y su tripulación fue una clarinada que liberó las energías de la Patria para resistir el embate que amenazaba su existencia. Su llamado, a cien años de distancia en el tiempo, aún vibra en los oídos de todos los chilenos. Su resonancia debe constituir una advertencia para quienes "arrastran el poncho", si se me permite el chilenismo, desconociendo que la pasividad de nuestro pueblo es prudencia y no cobardía y que tiene un despertar violento, propio de una raza forjada en el yunque de una agresiva geografía y que jamás fue vencida.

IV - CHILE Y EL PODER NAVAL

Lo anteriormente expuesto es una muestra contundente de la importancia del poder naval, o del poder marítimo, en su acepción más amplia, para el futuro de nuestra patria.

Chile es un país de características marcadamente marítimas y ello es innecesario recalcarlo. No es retórica decir que el destino oceánico es un hecho indiscutible para nuestro país. Su extenso litoral, el vasto mar jurisdiccional, entre otras muchas características, hacen una realidad la tan repetida frase de que el futuro de Chile está en el mar.

Consciente de lo anterior, el actual Gobierno ha dado un impulso extraordinario al desarrollo de los intereses marítimos, dentro de una política nacional concebida con criterio moderno y pragmático, tanto en el área del transporte marítimo, como en la pesca y la construcción naval, con una respuesta muy adecuada del sector privado correspondiente. Ello debe llenarnos de justificado orgullo, porque refleja la voluntad que anima a todos los chilenos de volver a participar en esa bulniente actividad oceánica propia de nuestros mejores tiempos. Es un indicio claro de que Chile, junto con la renovación moral, política, económica y social que caracteriza la etapa histórica que hoy vivimos, busca el destino de potencia marítima que otrora tuvo.

Sin embargo, para ser potencia marítima no basta con desarrollar los intereses marítimos. La actividad en el mar, lo quiera o no el país, encierra una disminución política al generar antagonismo entre los Estados, al chocar sus intereses. Se requiere entonces que tras esos intereses esté el respaldo de la fuerza para hacer respetar los derechos, función que corresponde al poder naval.

El poder naval no tan sólo es importante y resolutivo para nosotros en la guerra, como se demostró una vez más en el conflicto analizado. También es importante en la paz y todo señala que tal importancia irá creciendo a medida que el avance tecnológico aumente las posibilidades de la explotación económica del mar, su suelo y subsuelo, en un mundo, por lo demás, tan lleno de necesidades de alimentos y materias primas.

Tales recursos, aunque abundantes, no son inagotables en el mar. Un mínimo de provisión llevó a nuestro Gobierno al establecimiento de la hoy llamada zona económica exclusiva.

Tai situación tiende a generalizarse en el mundo y ha llevado al estudio y eventual establecimiento de nuevos derechos en esta zona e, incluso, en alta mar. Si llegaran a codificarse, habrá más derechos que defender; y si no, las naciones emplearán la fuerza para promover sus exigencias en la situación anárquica que va a prevalecer. En ambos casos tiene el poder naval un papel importantísimo que nadie podría negar.

Hoy, a cien años de distancia del hecho que conmemoramos, parece que la técnica y la ciencia han revolucionado todo el espectro de la guerra, y de la marítima en particular. La aparición del avión y del submarino ha agregado nuevos vectores, haciendo tridimensional la guerra en el mar. Las nuevas armas, la electrónica y la cibernética, la han hecho más compleja, pero los principios se han mantenido inmutables, y mucho de lo que tuvo gravitación en 1879 mantiene hoy plena validez.

Un poder naval suficiente y equilibrado, con sus características de movilidad, flexibilidad y contundencia, constituye un elemento disuasivo suficiente para resolver una situación de crisis, sin llegar necesariamente al enfrentamiento. La fuerza naval es poder militar, posee capacidad política, tiene peso psicológico, influencia de decisión y de credibilidad; permite introducir en una situación dada, un elemento de incertidumbre que pesa como factor de intimidación o de rechazo.

Sin duda, esta expresión del poder naval cobró plena vigencia en los días de aguda tensión de nuestro país con Argentina, que nos lle-

vó al umbral de la guerra, a fines del año recién pasado.

El poder naval constituye, por cierto, para Chile el mejor seguro de la paz que requiere para su desarrollo y prosperidad. Pero éste, hoy día no puede improvisarse como antaño, precisamente por el avance tecnológico de los medios que lo integran.

El descuido de la seguridad nacional, junto al desorden económico y financiero de un país, son fuerzas tenebrosas que cobran una contribución muy onerosa en vidas, esfuerzos y sacrificios en tiempo de guerra; más aún, esa misma debilidad incuba muchas veces el germen de la guerra. Por eso debemos hacer nuestro un viejo proverbio latino: "Si vis pacem, para bellum", que significa: "Si quieres la paz, prepárate para la guerra "

El empleo del poder naval es la responsabilidad primaria de la Armada, pero el conformarlo adecuadamente en medios y calidad es y será siempre una responsabilidad política.

(Adaptación de la intervención del Director de la Academia de Guerra Naval, Capitán de Navío señor Francisco GHISOLFO Araya, en la Sesión Académica Solemne de la Escuela de Negocios de Valparaíso, Fundación "Adolfo Ibáñez", en Conmemoración del Primer Centenario del Combate Naval de Iquique).